

SEVILLA NO ES UNA FIESTA (III)

UNA CIUDAD BARROCA

DURANTE los días de mi estancia en Sevilla me hospedé en una pensión del centro, no lejos de la calle de las Sierpes, huyendo, según mi costumbre, del confort frío e impersonal de los hoteles. Un hotel es siempre un pequeño enclave extranjero, por decirlo de alguna manera, y se respira en él una atmósfera completamente ajena a la ciudad. La pensión que elegí en Sevilla, en cambio, tenía una puerta enrejada y las habitaciones de la planta baja, una de las cuales era la mía, daban a un patio central cubierto, decorado con azulejos y amueblado con dos tresillos de mimbre pintados de color paja. En la pared había un espejo grande, de marco dorado, estampas con reproducciones de Murillo y un gran calendario con el anuncio de un llor marginal en una cuatrcomía de gusto provinciano. En el patio había siempre mucha gente; los niños de la casa jugando con trencitos de madera, huéspedes de la provincia con maletas de cartón reforzadas con cuerdas, gente que entraba y salía con recados. La dueña de la pensión, una señora ya entrada en años, iba siempre muy bien peinada y acicalada, y andaba todo el día con una bata de color azul marino que le llegaba a los pies. Tenía el aspecto de no salir en todo el año de casa, como dicen que era costumbre antiguamente entre las mujeres sevillanas, salvo para la feria y las procesiones. Había un criado que se llamaba Pepe, que ejercía en la pensión las funciones de jefe de recepción, conserje de día, camarero de chaquetilla blanca, encargado de las compras y conserje de noche. Tenía unos setenta años, aunque estaba muy bien conservado, y las criadas se reían de él porque era muy fino y puntilloso. Le estuvieron tomando el pelo durante varios días porque una tarde, estando yo allí, Pepe sacó una entrada para ir al teatro Alvarez Quin-

tero a ver actuar a Marifé de Triana y para ello se puso el traje oscuro y unos zapatos nuevos. Volvió por la noche haciendo grandes elogios de Marifé y contó que había conseguido entrar en el escenario y, desde el pasillo, había visto de través el camerino de su admirada artista.

Por las mañanas salía de mi pensión y me desayunaba en algún bar de La Campana o de Sierpes, con el café con leche y el palo de nata o la «acreditada» tortita de aceite de Inés Rosales. Luego me dedicaba a pasear por la ciudad. Sevilla, o quizá deberíamos decir lo que queda de Sevilla, es una ciudad encantadora. Una ciudad barroca en todos sus aspectos, florida, churrigueresa, extremosa en virtudes teológicas y en pecados capitales, llena de claroscuros y poblada por la gente más simpática y acogedora del mundo. La nota dominante de la ciudad es precisamente su barroquismo. Son barrocos los edificios públicos, las iglesias, las obras maestras de la pintura, las procesiones, los parques y jardines. Y también son barrocos los bares, las tiendas, los establecimientos de lotería, los carteles de toros, las esquelas, los chanchulleros municipales, el humor sevillano y los tacos. Barroco es finalmente el «ABC» de Sevilla.

Durante varios días anduve por la ciudad. Paseé por las calles que el caos del tráfico deja todavía en estado paseable, recorrí el parque de María Luisa y los jardines del alcázar, admiré las grandes creaciones de la arquitectura, de la escultura y de la pintura, escuché cantar seguiriyas y soleares, visité los círculos y casinos donde se reúnen las fuerzas vivas, hice el Via Crucis de los bares de la ciudad, charlé interminablemente con los «progres», compré bolsas de pescado frito en las freidurías, probé el «menudo» y los «soldaditos de Pavía» (ver diccionario) y saboreé finalmente las muy ca-



«Fin de la Gloria del Mundo», cuadro de Valdés Leal. Hospital de la Santa Caridad.

PARA UN DICCIONARIO SEVILLANO-ESPAÑOL

Un escritor de Sevilla me decía: «El verdadero español, el que pasó a América, es el que hablamos en Andalucía...». Y añadió: «... y no esa jerga que se habla en la meseta». Esta agresividad, en la cual creí ver un latente espíritu de regionalismo anti-centralista, es lo que me animó a compilar, en los pocos días que pasé en Sevilla, un breve vocabulario de palabras y expresiones comúnmente utilizadas en la ciudad.

Algunas de ellas son específicamente sevillanas, mientras otras se emplean en toda Andalucía. Quizá haya algunos errores, debido al hecho de haber recogido estos materiales en conversaciones y no en textos escritos, y, sobre todo, faltarán muchas expresiones, unas por olvido y otras por las limitaciones que impone necesariamente la letra impresa. Los lectores sevillanos sabrán completar sus insuficiencias y también subsanar sus imperfecciones.

¡Acaba ya!: Frase que se dice a una persona que miente, o exagera, o que nos está abrumando con sus explicaciones.

Adobo: Pescado adobado y frito que se vende en las freidurías.

Aero (el): El Aeroclub de Sevilla, institución social de clase alta. «Vamos al Aero».

Albero: Arena amarilla de Alcalá de Guadaíra. Se pone en jardines o paseos y es-

pecialmente en las plazas de toros.

Alcachofa: Planta silvestre.

Alcaucil: Alcachofa comestible.

Alivio: Juego de palmas para acompañar el baile.

Aljofifa: Bayeta para fregar suelos.

Aljoffar: Fregar.

Alto (lo): Encima. «Llevaba una flor en lo alto». «Como te coja tienes la paliza en lo alto».

Arriaos (los): Personas que sufrieron la inundación del Tamarguillo hace ocho años

y siguen refugiadas en viviendas provisionales.

Asuquiqui: Exclamación que se dice cuando una cosa está bien hecha. Se emplea en los toros y, a veces, como piropo a una mujer. Procede seguramente de «azúcar».

Betunero: Limpíabotas.

Betis: «¡Viva el Betis aunque pierda!».

Bofetá (La): Nombre de un paso de Semana Santa.

Borde: Basto, pesado y sin gracia. «Ese es un tío borde».

Borriqueta (La): Cofradía



La Macarena entrando en su iglesia durante las celebraciones de Semana Santa. Esta imagen tiene una gran importancia en la vida sevillana y participa activamente en las penas y alegrías de la gente. Se cuenta, por ejemplo, que cuando murió el torero Joselito vistieron a la Macarena de luto.

LUIS CARANDELL

gia el silencio. Quedan aún muchas plazas y calles relativamente intactas y numerosas muestras de arquitectura popular, entre las que destacan los llamados «corrales» o patios de vecinos. He visto dos de estos «corrales», uno en la calle Lumberras, el llamado Corral de los Chicharos, y otro cerca del palacio de las Dueñas, que lleva el nombre de Corral del Conde. Los corrales son edificios viejísimos y carentes de las mínimas comodidades modernas. La gente vive hacinada allí dentro, en una o dos habitaciones para cada familia. Algunos de ellos, sin embargo, como el Corral del Conde, con su patio con árboles, alrededor del cual están situadas las viviendas, son de una gran belleza y constituyen un precedente de la moderna arquitectura comunitaria.

En la calle San Vicente recuerdo haber visto el palacio de un marqués que ofrece una imagen de lo que está sucediendo con esta Sevilla tradicional. El palacio no puede visitarse porque el marqués vive en la planta superior. Abajo hay un jardín con palmeras que el conserje enseña a quienes quieren verlo. El jardín, tan oscuro y frondoso que el sol apenas penetra en él, tiene albero en el suelo, y las altas tapias que lo rodean están cubiertas de hiedra. Es una verdadera maravilla de la jardinería sevillana. Pero para llegar a este jardín —y creo que esto no dejaría de sorprender a don Antonio Machado si levantara la cabeza— hace falta pasar por los almacenes de una empresa de confección que ocupa la planta baja del edificio, entre largas hileras de americanas y pantalones colgados de perchas. Muchos palacios sevillanos han sido derribados y en su lugar se han construido edificios anodinos, y tal como están las cosas, no quedará ninguno dentro de algunos años, salvo, naturalmente, las grandes casas, como el palacio de las Dueñas de los duques de Alba, el de Pilatos de los de Me-

tólicas especialidades de la confitería andaluza (mostachones, mantecados, yemas de San Leandro).

Desde el punto de vista del arte, pocas ciudades ofrecen tanto al visitante. No se trata solamente de los monumentos que podríamos llamar mayores, a los cuales se dirige con preferencia el turismo, como la catedral, con la Giralda o los Reales Alcázares y sus espléndidos jardines. Me gustaron sobre todo las iglesias barrocas, como El Salvador o la del Asilo de Venerables Sacerdotes. Podría pasar horas contemplando el altarcito churriguesco que está a la izquierda del altar mayor de la iglesia de Santa Catalina, o ese maravilloso Trono de los Angeles, obra de Pedro Roldán, que ocupa todo el fondo de la fabulosa capilla de San José, en la calle Sierpes, aunque sólo fuera para tratar de descifrar la sensibilidad tierna y al mismo tiempo retorcida de sus autores. O el retablo de la Iglesia del convento de la Caridad, adornado a ambos lados por los llamados «ángeles lampareros» de la Roldana. O bien el retablo y las esculturas de Martínez Montañés en

esas joyas del arte que son los conventos de Santa Clara y San Clemente. En materia de escultura e imaginaria, Sevilla lo ofrece todo. El Museo Provincial de Bellas Artes estaba en obras durante mi estancia en la ciudad y no pude verlo. Los dos grandes pintores sevillanos, Murillo y Valdés Leal, están muy bien representados en otros conventos e iglesias, especialmente en el convento de la Caridad. En Sevilla se reconcilia uno un poco con Murillo, cuyas obras expuestas en el museo del Prado, de Madrid, y concretamente las Inmaculadas, nos dan de él la idea de un pintor blando y sin garra. El Murillo de Sevilla es otra cosa. Pero si tuviéramos que elegir a un artista para que representara a Sevilla, ese artista sería sin duda Valdés Leal. Es un formidable colorista, y sus cuadros encierran todo el color y la luz de su ciudad. Su famoso cuadro «Finitis Gloriae Mundi», que está en el convento de la Caridad, es quizá la obra cumbre del realismo español. Representa, como se sabe, el interior de una tumba, y aparecen en él los cuerpos putre-

factos de un obispo y un caballero de Calatrava cubiertos de gusanos. La impresión que el cuadro produce es tan fuerte que cuentan que Murillo solía decir que para contemplarlo tenía que taparse la nariz. Me sorprendió sobre todo el hecho de que, a pesar de lo fúnebre del tema, el cuadro no es oscuro ni tétrico, sino luminoso y de colores vibrantes.

Hay en Sevilla rincones que nos muestran todavía —y quizá no por mucho tiempo— la belleza de lo que debió ser la ciudad. Nos recuerdan estos rincones aquella estrofa de Machado:

«Dadme una Sevilla vieja,
donde se dormía el tiempo
en palacios con jardines
en un azul de convento».

Es realmente delicioso, cuando se pasea por las calles de la ciudad antigua, asomarse a ver los patios de las casas o los viejos palacios. Están siempre llenos de plantas, y en ellos corre el agua en pequeñas fuentes o surtidores. O entrar en los recoletos jardines de los conventos, donde se refu-

cuyo paso principal representa la entrada de Jesucristo en Jerusalén el Domingo de Ramos.

Burro (Calle del): Nombre popular de la calle de Alfonso X el Sabio.

Calentitos: Churros. La voz madrileña «churros» se va imponiendo.

Campo: Finca. «Me voy al campo».

Cantúa: Originalmente, nombre de un dulce de coco y boniato. Como adjetivo se emplea admirativamente a cualquier cosa e incluso a las personas, sobre todo a

las mujeres: «Está cantúa». Recientemente, en una ciudad andaluza, una pancarta decía: «Viva la España cantúa!».

Capillita: Persona muy entregada al espíritu de la Semana Santa sevillana.

Casinillo de los cuarenta (el): Círculo distinguido que limita a cuarenta el número de los admitidos.

Casino Militar: Nombre popular del Círculo Cultural de los Ejércitos.

Casitas Bajas: Viviendas de una sola planta para refugiados.

Cerilla: Cerilla de madera.

Cerillo: Cerilla de papel encerado.

Cerveza: En las cervcerías sevillanas se sirve la cerveza en recipientes de una gran variedad de tamaños. He registrado los siguientes, de mayor a menor (aunque es probable que haya más): **Campana**, **Maceta**, **Caña** (del tamaño de la que se utiliza corrientemente en Madrid), **Tubo**, **Tubito** y **Manolito**.

Círculo (el): Círculo Mercantil e Industrial.

Cofradiero: Hermano de una

Cofradía de Semana Santa.
Cogida: Embarazada. «Una miajita cogida de tres meses».

Compadre: Amigo íntimo.

Cooperativa Agraria: En su actual forma, y según algunos, «un muerto llevado por cuatro vivos».

Coronel: Vaso de vino tinto.

Corral: Patio de vecinos.

Corte: Palabra o frase con que se interrumpe a otro. «Le pegó un corte». Es también muy típico de Madrid.

Cortón: Persona muy dada a pegar cortes.

Cruces de Mayo: Simulacros

de procesiones que organizan los niños en los barrios. Es costumbre en Castilla.

Chato: Decir que los sevillanos «están todo el día tomando chatos» es falso. Primero, porque no es así, y segundo, porque en los bares sevillanos no se sirven chatos.

Chicharos: Judías blancas.

Chupe: Chupete. «Le gusta más que a un tonto un chupe».

Damasco: Albaricoque.

Despeñaperros: Por despeñaperros pasa la línea fronteriza del latente regionalismo andaluz. «De Despe-

dinaceli o el de los condes de Lebrija, que contiene un museo arqueológico con mosaicos, vasijas y otros objetos recogidos en las ruinas de Itálica.

Pero no se trata sólo de los palacios. Las casas tradicionales sevillanas están siendo progresivamente sustituidas por edificaciones sin gíbría. Hay, claro está, unas ordenanzas municipales que disponen que se construyan en determinados barrios de la ciudad lo que se llama «casas de estilo sevillano». Esto consiste simplemente, al parecer, en añadir al edificio moderno algunos elementos que, como las rejas o las jardineras, le den un cierto aire sevillano o sevillanista. Pero Sevilla es una ciudad hipersensible a todo género de recomendaciones y tratos de favor. Quizá dé una idea de esto el hecho de que a una «Guía de la Universidad», que se vende en las librerías de Sevilla, la llame la gente comúnmente «Guía del Recomendador» porque trae los nombres de los catedráticos con su dirección y teléfono. Y, en estas circunstancias, el sevillanismo de los nuevos edificios es cosa fácil de asegurar. Me contaban, por ejemplo, que en una ocasión, no hace mucho, un arquitecto fue al Ayuntamiento para que le aprobaran los planos de una casa. Era amigo de los encargados de la sección que debía aprobarlos, y amistosamente le dijeron que la casa que iba a construir era «poco sevillana». Como el arquitecto tenía prisa, propuso, y se lo autorizaron, resolver allí mismo el asunto, y, sacando del bolsillo un lapicero, dibujó en un santiamén una reja en una de las ventanas y salió del Ayuntamiento con el plano aprobado.

He aquí una anécdota que señala lo que podríamos llamar el barroquismo administrativo y municipal de la ciudad de Sevilla. Pero hay un aspecto en que ese barroquismo de que está impregnada la ciudad cobra todo su



Nuestra Señora de la Esperanza, de Triana, que junto con la Macarena, es protagonista de la máxima rivalidad entre las Cofradías de la Semana Santa de Sevilla. Dicen que, cuando pasa la Macarena, los trianeros o seguidores de la Virgen de Triana cantan aquello de «¡Alabá, alabá, alabimbombá, Triana, Triana, Triana y nada más!»

profundo sentido. Y es en las manifestaciones públicas de la religiosidad. Nunca he visto otra ciudad que haga tanto alarde de su fe religiosa como Sevilla. Por todas partes se ven lápidas, placas, letreros y carteles alusivos a milagros de santos, obras de caridad, reuniones pías y convocatorias para la celebración de toda clase de triduos, novenas, quinaros y otras piadosas fórmulas para invocar la protección de los poderes celestiales. En una pared leemos:

«Hábito de San Cayetano.
De lana gris y cordón blanco con borlas.

Tiene que estar bendecido para poder usarlo».

Y al lado:

«Se venden velas de promesa. Razón, el sacristán».

En un cartel, pegado en una fachada, dice:

«La Real e Ilustre Hermandad y Cofradía de la Sagrada Columna y Azotes de Nuestro Señor, y Nuestra Señora de la Victoria, establecida canónicamente en la Fábrica de Tabacos, celebra un Solemne Triduo a su Amante Titular».

He aquí otro «poster» barroco que copié en la calle:

«La Pontificia, Real e Ilustre Hermandad y Cofradía de Nazarenos de Nuestro Padre Jesús del Silencio en el Desprecio de Herodes, María Santísima de la Amargura Coronada y San Juan Evangelista,

establecida en su capilla propia, sita en la iglesia filial de San Juan Bautista (vulgo de la Palma) de esta ciudad, e incorporada a las Ordenes religiosas de la Santísima Trinidad, San Juan de Dios, de Predicadores, de Ermitaños, de San Agustín y a la Basílica de San Juan de Letrán en Roma, cuyas gracias y privilegios goza perpetuamente, convoca un solemne Besamanos».

Asombra comprobar la decisiva importancia que tiene la Semana Santa en la vida sevillana. Es una realidad que no es fácil de comprender desde fuera. Durante todo el año, y no solamente en los días de las celebraciones, están pendientes los sevillanos de la Semana Santa. Los hermanos de las distintas cofradías celebran continuas reuniones para tratar asuntos relacionados con los pasos. En las tertulias de café se habla del



La Pontificia, Real e Ilustre Hermandad y Cofradía de Nazarenos del Santísimo Cristo de los Tres Caídos y Nuestra Señora de la Esperanza (Triana)

Celebrará hoy miércoles, día 25, a las ocho y media de la noche, en su capilla de los Marineros, de la calle Furca, misa solemne de Réquiem en sufragio de sus hermanos difuntos.

R. I. P. A.

La Junta de gobierno RUEGA a todos los hermanos, y devotos la asistencia a tan piadoso acto.

(3)

El «ABC» de Sevilla publicaba, durante

PARA UN DICCIONARIO SEVILLANO-ESPAÑOL

ñaperros pa arriba». «De Despañaperros pa abajo».

¡Digo!: Claro está. Toma, claro. Digo yo: «¡Vamos, digo yo!».

Don: Tratamiento que se da a los señoritos. Don Juan, don Alvaro.

Don: Tratamiento que se da a los rejoneadores, pero no a los toreros. Don Rafael Peralta. Manuel Benítez.

¡Eal!: ¡Hala!, ¡hola!, ¡adiós!

Esañero: Pequeño propietario rural.

Frito: «Quedarse fritos. Quedarse dormido.

Furgo (er): El fútbol.

Gallego: Estibador del muelle.

Gordal: Clase de aceituna sevillana.

Gracioso: Término peyorativo. «Mira qué gracioso».

Hijoputa: Mala persona.

¡Hijo de la gran puta!: ¡Mi querido amigo! «¡Antonio, hijo de la gran puta, cuánto tiempo sin verte!».

Itálica (las ruinas de): El estado Sánchez Pizjuán, del Sevilla C. de F.

Jartá (una): Muchas cosas. Mucho de algo. «En cantidad».

Jueves (el): Rastro de Sevilla que se celebra los jueves en la calle Feria.

Labradores: Círculo de Labradores y Ganaderos. «Me voy a Labradores».

Langostinos: Una cosa que se va a ver comer a los señores en la Feria de Sevilla.

Llenar: Servir el camarero otra ronda de la misma bebida que se acaba de tomar. «¡Llena, niños!».

Macareno, a: Persona muy

adicta a la Cofradía de Nuestra Señora de la Esperanza Macarena.

Maestrante: Persona que forma parte de la Real Maestranza de Sevilla.

Maestranza: Real Maestranza de Sevilla, Cuerpo de la Nobleza. Nombre de la plaza de toros, propiedad de esta institución.

Mantecado: Polvorón.

Manué: Jesucristo.

Matatías: Usurero. Se aplica también al hombre que casa con mujer anciana con la intención de heredarla.

Mayete: Otro nombre para pequeño propietario rural.

Menudo: Callos a la sevillana

(tripa mezclada con manos de ternera y garbanzos).

Meona: Ramera, en ciertos círculos de señoritos.

Merluza: Merluza de alta calidad (ver Pescada).

Miaja, Miajita (una): Un poco. Mostachones: Dulces típicos de Utrera.

Muertos: «Mecagüen tus muertos».

Niño (un): Un amigo o conocido, cualquiera que sea su edad.

¡Niño!: El camarero. Un adulto que trabaja en un puesto subalterno.

Nota (un): Persona presuntuosa y gilipueñas. «¡Fija-te, el nota».

SEVILLA NO ES UNA FIESTA

tema y no es un tópico decir que la gente discute por las imágenes de su preferencia («La de Triana la veo yo muy guapa». «Muy guapa, sí, pero no tiene la cara de una virgen. Es una mujer guapa». «Pues la Macarena, la gente dice que lo mismo ríe que llora. Y yo no lo veo»). Las Vírgenes y los Cristos tienen allí forofos, igual que el Betis y el Sevilla. Participan en la vida de la ciudad. Cuentan, por ejemplo, que cuando murió Joselito vistieron a la Macarena de luto.

La Semana Santa no es asunto exclusivo de los viejos o de las gentes de otra época. Toman parte en ella los jóvenes, y me contaban que, en verano, es fácil ver, por ejemplo, a un grupo de jóvenes en traje de baño en la playa de Sanlúcar de Barrameda discutiendo si es conveniente o no acortar el capirote que habrá de llevarse

en la procesión del año siguiente. A mí me sorprendió encontrar a una chica universitaria que parecía muy avanzada en sus ideas y que tenía una fe absoluta en la Macarena, aunque no creía en otras cosas, de forma que le pedía que intercediera por ella o por sus parientes o amigos siempre que lo necesitaba. Yo le expuse mis pegas de español nacido al norte del paralelo 38, y me contestó que ella seguía en esto el ejemplo de su padre, quien tenía tal devoción a la Macarena que solía decir que no quería ir al cielo cuando se muriera si no estaba allí su Virgen predilecta. Este no era el caso de muchos de mis amigos de Sevilla, pero en general no encontré entre ellos, en relación con la Semana Santa, ningún dogmatismo. Decían que las cofradías tenían su origen en movimientos colectivistas de muy honda

raigambre en la historia de Sevilla, y las procesiones, mucho de manifestación del sentido estético del pueblo sevillano. Y que, así como la Feria se organizaba, por decirlo de alguna manera, de arriba a abajo, y era una fiesta en la que los pobres iban a ver cómo los señoritos pasaban a caballo o se divertían en las casetas, la Semana Santa era una institución de origen democrático, en que participaban todos los sevillanos.

Las cofradías, por lo que me contaban en Sevilla, tienen una gran influencia en los asuntos de la ciudad y, a través de ellas, se hace política y se constituyen grupos de opinión. Para atender a los gastos de las procesiones, abren cuentas corrientes en los Bancos y solicitan créditos y descuento de letras. El director de la central de Sevilla de un importante Banco me contó una anécdota muy revelado-

ra a este propósito. Hace algún tiempo, el inspector general de su Banco visitó la central de Sevilla que él dirige y se escandalizó mucho al ver que una cofradía tenía concedido un descuento de letras de hasta trescientas mil pesetas. «Bueno, ¿pero quién libra estas letras?», preguntó el inspector al director que me lo contaba, pensando sin duda que el librador sería el Hermano Mayor de la cofradía o alguno de los cofrades. Y el director le contestó: «Pues, mire usted, libra Nuestro Padre Jesús Atado a la Columna». ■ L. C.

Próximo número:

Sevilla no es una fiesta (y III)
LA OTRA SEVILLA



LA PONTIFICIA, REAL, ILUSTRE Y FERVOROSA HERMANDAD SACRAMENTAL Y COFRADIA DE NAZARENOS DE NUESTRO PADRE JESUS DE LAS PENAS Y MARIA SANTISIMA DE LA ESTRELLA, TRIUNFO DEL SANTO LIGNUM CRUCIS, SAN FRANCISCO DE PAULA Y SANTAS JUSTA Y RUFINA

Celebrará hoy miércoles, día 25 de noviembre actual, a las ocho de la noche, en la parroquia de San Jacinto, solemne funeral en sufragio de sus hermanos difuntos.

R. I. P. A.

La Junta de gobierno

INVITA a sus hermanos su asistencia a tan piadoso acto.

(3)



La Real e Ilustre Hermandad de Nuestro Padre Jesús Descendido de la Cruz en el Misterio de su Sagrada Mortaja y María Santísima de la Piedad

Celebra Misa de Réquiem en sufragio de sus hermanos difuntos, hoy miércoles, día 25, a las ocho y treinta de la tarde, en su iglesia de Nuestra Señora de la Paz (calle Bustos Tavera número 13).

R. I. P. A.

El director espiritual y la Junta de gobierno,

ENCARECEN a sus hermanos la asistencia a este piadoso acto.

(3)



LA PONTIFICIA, REAL, ILUSTRE Y FERVOROSA HERMANDAD Y COFRADIA DE NAZARENOS DE NUESTRO PADRE JESUS DEL SOBERANO PODER EN SU PRENDIMIENTO, MARIA SANTISIMA DE RUEGA Y SAN ANDRES APOSTOL (Los Pasaderos)

Celebrará solemne horas fúnebres por el eterno descanso de las almas de sus hermanos difuntos, hoy sábado, día 28 de noviembre de 1970, a las ocho y media de la noche, en nuestra capilla de San Andrés, de calle Orfila.

R. I. P. A.

El director espiritual, hermano mayor y Junta de gobierno,

INVITA a todos los hermanos que asistan a tan piadoso acto, recordándole al mismo tiempo la obligación que tienen de asistir, como lo mandan nuestras Reglas.

(3)



Archicofradía Sacramental del Santísimo Cristo de la Exaltación y Nuestra Señora de las Lágrimas

R. I. P.

La Junta de Gobierno,

INVITA a todos los hermanos y fieles en general al culto, con misa de Réquiem, que como culminación del Triduo de Animas que presideben las Santos Reglas, tendrá lugar, en la iglesia de Santa Catalina, el lunes, día 30 del actual, a las ocho de la noche, en sufragio de sus hermanos difuntos.

(3)

... días de mi estancia en la ciudad, estas esquelas para convocar solemnes funerales «por el eterno descanso de las almas de los hermanos fallecidos». Una muestra inconfundible del espíritu barroco que impregna la vida sevillana.

Palacio: Palacio Arzobispal. «Voy a Palacio».

Pelendría: Otro nombre para propietario rural de pocas hectáreas.

Pescada: Merluza africana de baja calidad.

Pesetero: Vaso de vino blanco.

Plaeda (el): El Club Pineda, centro aristocrático.

Piratería: Mala acción. «Ha hecho una piratería».

Polígono: Barrio de viviendas protegidas, como, por ejemplo, el Polígono de San Pablo. La palabra Polígono no ha tenido buena acogida en Sevilla. Nadie sabe pronunciarla. La gente dice, en vez de Polígono, pala-

bras como Polígano, Polín-gano, Polígamo o Polín-gamo.

Polígrafo: Bolígrafo.

Pringá: Pan con tocino que se toma para desayunar.

Premio: Palabra que rima en consonante con la última frase que dice una persona y que sirve para el corte. Si usted pregunta, por ejemplo: «¿Qué dices?», el cortón le dirá: «Tócate las narices». Para evitar el premio hay que apresurarse a decir después de la última palabra algo que tenga una rima difícil. Por ejemplo, «tres piedras». «¿Qué dices? Tres piedras». Al no tener

premio la palabra «piedras», el cortón se queda callado.

Punta de solomillo: Tapa servida con vino o cerveza.

Queso de cerdo: Embutido subdesarrollado.

Rabino: Señor que pone rabos en las aglomeraciones de las procesiones.

Romper en: Dar en. «La gente ha roto en llamar a eso...».

Señores: «¡Buenos están los señores con las comisiones esas!».

Sevilla: Un barrio de Triana (según los trianeros).

Soldaditos de Pavía: Bacalao rebozado y frito.

Sultana: Pastel de coco.

Tapas: Bocaditos que se sirven con el aperitivo.

Tela: «Dar tela». Pegar.

Tela (mucha): Mucho de algo que no se sabe bien lo que es. Mucho campo por delante. La expresión procede, al parecer, de «tela» en el sentido de espacio reservado a torneos o juegos públicos.

Tela (vaya): ¡Cuánta tela!

Tela marinera (mucha): Muchísima tela.

Tela de telón (mucha): Toda la tela.

Tenis (el): Nombre común del Betis Tenis Club.

Trabajera (una): Un hartón de trabajar.

Trajín: Ligue.

Venao: «Muy venao». Muy lanzado y agresivo. Se aplica lo mismo a un futbolista que a un escritor.

Venencia: Caña partida que se usa para escanciar vino.

Vino: De más a menos añejo, el vino se clasifica en Solera, Palo Cortado, Amontillado y Fino.

Vosotros: Ustedes. Pronombre de respeto.

Ustedes: Vosotros. Se emplea cuando se tutea a las personas. En ambos casos se utiliza la segunda persona del plural.